

histórico y político dispuesto a hacerse cargo de los proyectos frustrados del pasado (y a diferencia de Marx, no necesariamente concebido en tanto que proletariado, sino como lumpen) y, por otro, una reconstrucción del marxismo o materialismo histórico benjaminiano en la medida en que en sus manos se asocia asimismo con una buena dosis de mesianismo.

Si, como mantiene Mate, las tesis “resultan provocadoras porque argumentan con un descaro que no se lleva” (p. 12), lo mismo hay que decir del que hoy se embarca en demostrar, con Benjamin, su vigencia. Pues está claro que si el marxismo poco ortodoxo (de Benjamin, Brecht, Sartre y tantos otros) es hoy uno de esos dinosaurios del que si muchos se acuerdan es para pasar página rápidamente, el mesianismo les suena a otros como una locura que sólo puede llevar a la catástrofe. Por eso es importante este libro, porque está escrito con descaro, combatiendo las interpretaciones culinarias de la herencia benjaminiana, intuendo tal vez que siempre habrá alguien que se sienta arrastrado a buscar entre los dinosaurios algo más que consuelo. (¿Recuerdan el final del documental *El último Bolchevique* de Chris Marker sobre el cineasta Alexander Medvedkin?) Las preguntas que este libro repite mil veces son: ¿Cómo se traducen las palabras de Benjamin hoy en *nuestra* medianoche de la historia? ¿Qué tienen de actualidad las reflexiones que acumuló durante más de veinte años, las que finalmente aparecieron redactadas en estas tesis?

El mesianismo de Benjamin se constituye como el elemento de verdad de toda aspiración política a una sociedad sin clases. A él le dedica Reyes Mate las páginas

más densas de su libro. No consiste en un ideal al que debe aspirar cómodamente la política en la asunción de que nunca podrá ser alcanzado (como hace, por ejemplo, la socialdemocracia) —y que termina conduciendo a un cruzarse de brazos a la espera de que lleguen tiempos mejores, vaciando con ello la esencia del tiempo vivido al presuponer irremediabilmente que la salvación es inabordable en la historia—, sino más bien en una política revolucionaria del tiempo pleno en la que se realiza “la idea de que el instante presente no es el resultado del anterior y antesala del siguiente, sino [la de que todo] instante tiene un valor absoluto: puede cambiar todo porque tiene una oportunidad revolucionaria” (p. 277). En el instante de mayor oscuridad resplandece la estrella más luminosa en el cielo, ahí donde se atrapa la posibilidad de la que está henchido el tiempo, donde se liberan las esperanzas del pasado al resarcir de un golpe las injusticias sufridas. En vez de dirigir la mirada puesta en el futuro, el futuro se retrotrae al momento presente, aboliendo con ello el *diktat* del tiempo, haciendo saltar la cadena causal de los hechos, sacando fuera de órbita las leyes establecidas de la historia, abriendo las posibilidades latentes del pasado que se habían quedado sin cumplir.

SONIA ARRIBAS

MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL, O HUMANO, DEMASIADO HUMANO

Locura filosfal,
Nigel Rodgers
y Mel Thompson,
trad. Albert Fuentes,
Barcelona, Melusina,
2006, 286 pp., 20 €.

La proliferación editorial del llamado libro de “autoayuda” ha contribuido a distorsionar todavía más la percepción pública que se tiene de la filosofía, un género literario cuyo objetivo sería, por lo visto, la felicidad de la gente, o, cuando menos, la solución de sus preocupaciones más profundas o “metafísicas”, acaso su paz espiritual. Así, el filósofo debiera mostrarse como una variante algo más abstracta del psicólogo, un consejero capaz de recetar la doctrina de Platón en lugar de antidepresivos, como si de una medicina alternativa del alma se tratara.

Quizá por ello se es mucho más riguroso con el filósofo a la hora de sancionar su conducta personal, sus decisiones biográficas, e incluso sus manías, contrariamente a lo que sucede con el historiador, el sociólogo, o el científico, por ejemplo. Nadie reprocha a Newton el trato que pudo dispensar a sus criados, pongamos por caso, y mucho menos cuando se trata de examinar su contribución al cálculo infinitesimal. En sentido contrario, es curioso que tampoco se conozcan casos de autores cuya ejemplaridad personal y rectitud moral ha-

yan servido como aval hermenéutico de sus obras, por no hablar de la poca relevancia que se concede a la peripecia vital de un filósofo cuando apenas se conocen detalles de su vida. En efecto, si tan decisiva parece ser en algunos casos la vida de un autor para comprender su obra, la ausencia de datos biográficos en otros debería ser motivo de abstención hermenéutica. Dicho de otra manera: para leer a Kant no es preciso saber cuántas veces estuvo casado, ni siquiera si, en términos generales, regía su vida personal de acuerdo con su *Crítica de la razón práctica*.

De ahí que el interés filosófico de *Locura filosófal* (*Philosophers Behaving Badly* en el original, más apropiado) sea relativo, aunque ciertamente estimable la introducción lateral que proporciona a ocho de los filósofos más relevantes de la Modernidad, como son Rousseau, Schopenhauer, Nietzsche, Russell, Wittgenstein, Heidegger, Sartre y Foucault. Lo cierto es que poner el acento en que algunos de los pensadores más lúcidos de la historia no fueron ejemplos morales en sus vidas personales no puede pretender, una vez más, que una obra sea tributaria de la vida de su autor, y mucho menos cuestionarla por razones personales. Por el contrario, tal como demostró Walter Benjamin en su ensayo *“Las afinidades electivas” de Goethe* y más tarde en su artículo enciclopédico sobre el mismo escritor, cualquier aproximación crítica debe “iluminar una obra completamente desde ella misma”.

La lectura del libro de Nigel Rodgers y Mel Thompson, lúcida y ágil, amena, es sobre todo interesante si contribuye a aclarar que en la vida personal de un filósofo nunca se debe buscar la clave interpretativa de sus ideas; otra cosa

es que su biografía dibuje el contexto material y espiritual en que tuvo lugar su deriva filosófica, su génesis conceptual, sujeta al principio de interacción entre vida y actividad intelectual que ya sostuviera Wilhelm Dilthey en su clásico *Vida y poesía* (*Erlebnis und Dichtung*). En este sentido, *Locura filosófal* debe recomendarse como aproximación al que parece ser uno de los eslabones perdidos en la evolución de la conciencia occidental: el hiato entre conocimiento teórico y conducta moral. Dado que la coherencia o validez de una obra debe mostrarse desde ella misma, lo escandaloso del nazismo de Heidegger no es que sus libros puedan acusar la influencia ideológica del III Reich, sino que, de ser así, su pensamiento sea imprescindible para entender la condición moderna del ser humano. Esta inquietante sospecha sobre la naturaleza de la razón, que únicamente los pensadores más osados o “radicales” se atreven a tener en consideración, queda muy lejos de los planteamientos de Rodgers y Thompson, razón por la cual su libro permanece en el ámbito de la polémica, y no en el de la verdadera crítica.

Decir que “una parte significativa del impacto de Wittgenstein, tanto en vida como tras su muerte, se debía al hombre, y no a la obra” (p. 159) carece de sentido incluso si todos los profesores de filosofía actuales lo hubieran conocido personalmente, como tampoco varía mucho la lectura de *Las palabras y las cosas* cuando uno se entera de que Foucault frecuentaba las saunas homosexuales de San Francisco. Interesa saber, en cambio, la relación que Nietzsche mantuvo con Wagner, dado que buena parte de sus primeras reflexiones estéticas tienen su origen en las conversaciones y postulados artísticos del compositor.

En un juego de inversión menos retórico de lo que parece, podría decirse que es la vida de un autor la que está al servicio de su obra, desde luego por lo que al lector respecta; si un dato biográfico no contribuye a iluminar una obra desde ella misma, carece de interés detenerse en él. Por ello, a menudo se tiene la impresión de que el propósito de la crítica *ad hominem* constituye más bien una estrategia para eludir la responsabilidad y el compromiso de llevar a cabo una revisión en profundidad de la razón moderna, en toda su amplitud y consecuencias, algo que supondría enfrentarse con una realidad mucho más siniestra y perversa que la conducta demostrada por algunos pensadores excéntricos, mezquinos o incluso demenciales, pero cuyos textos son más reveladores y profundos para el ser humano de lo que muchas conciencias biempensantes pueden siquiera imaginar.

PAU CENTELLAS